
Oliver Stone

JFK

Producción cinematográfica norteamericana realizada en 1992

Si pudiera sintetizarse en una palabra inglesa el ethos de los norteamericanos desde el punto de vista de los latinoamericanos, esa palabra sería *self-righteousness*, que significa inocencia autoproclamada o complejo de superioridad moral. Nada distingue mejor a las gentes de los Estados Unidos, en efecto, que su buena conciencia colectiva; esa curiosa y desafiante combinación de mecanicismo y solipsismo que les impide encarar los costos morales, políticos y sociales del puritanismo, el racismo, el conservadurismo o el expansionismo que caracterizan a la cultura norteamericana desde finales del siglo XVIII. Ejemplos de ello son el genocidio de los pieles rojas, la segregación de los negros y de los hispanos, la guerra de VietNam, el ajusticiamiento de Sacco y Vanzetti o de los Rosenberg, el bloqueo a Cuba, la invasión a Panamá, el escándalo Irán-contras o la guerra contra el narcotráfico; episodios todos frente a los cuales la opinión interna se ha agitado y debatido con mayor o

menor preocupación, pero sin llegar nunca a los juicios de responsabilidades, los cambios de gobernantes o las reformas legales que similares manifestaciones de intolerancia o abusos de poder han generado casi siempre en cualquier otro país. Con todo, el acontecimiento histórico que tiene la virtud de desenmascarar la incapacidad del discurso público de los estadounidenses para aceptar sus propias culpas y hacer algo al respecto, es el asesinato del presidente Kennedy en 1963. En ningún otro hecho antiguo o moderno, incluido el asesinato del presidente Lincoln en 1863, se hace tan evidente esa patología de la cultura dominante que inhibe a los americanos del Norte para reconocer la corrupción o la perversión en sus instituciones, en sus políticas o en sus autoridades y actuar en consecuencia, con el pragmatismo y la eficacia que exhiben en otros empeños, para aceptar la verdad de la discriminación, la arrogancia, el fanatismo o la corrupción. Veintiocho años después, el cri-

men de Dallas permanece impune y ello no parece importar a la mayoría de la población políticamente activa. JFK, la película de Oliver Stone que acaba de estrenarse en el mundo entero, puede ser el auto cabeza de proceso que el magnicidio de la plaza Dealey ha estado esperando durante una generación para ser llevado a juicio, al menos ante el tribunal de la opinión pública, en la aldea global.

Lo primero que sorprende es que tan sólo una película, y una película magistral en muchos aspectos, ha logrado desatar la polémica nacional e internacional que numerosos libros y artículos de periódico y de revista no consiguieron a lo largo de estos años. Conservo en mi biblioteca, por ejemplo, un libro publicado en Vaduz, Leichtenstein, en 1968 y traducido el mismo año en España, que recoge la hipótesis de la conspiración nacional para explicar el asesinato de Kennedy. La obra se llama *Arde América*, y su autor es James Hepburn (Ibé-

rico Europea de Ediciones, Madrid, 1968, 310 páginas), un economista y politólogo inglés, que reconstruye el contexto socioeconómico y político de la administración Kennedy y su temprano enfrentamiento con los poderes tradicionales de la sociedad norteamericana y concluye con la denuncia del complot derechista que le costó la vida al carismático presidente demócrata. Es una obra juiciosa y muy bien documentada, que incluye en la página 272 un diagrama anticipatorio de la versión de Stone pues se basa en la filmación de Zapruder, el transeúnte que grabó en video todo el tiroteo, y demuestra la actuación de cuatro franco-tiradores que formaron un triángulo de fuego del cual no podía salir ilesa la víctima del atentado. El libro fue adquirido en una librería local y pasó desapercibido, como tantos otros, como casi todos los libros que se escriben y publican. JFK, en cambio, ha puesto el dedo en la herida. ¿Por qué? En primer lugar, porque emplea el lenguaje de nuestro tiempo, el arte del siglo XX, para restituir el crimen, y lo hace con una metodología judicial, como si se tratase de la investigación de un juez de instrucción, mediante un montaje prodigioso, que mezcla documentales de la época y dramatizaciones ad hoc, hasta formar una narración fluida, vertiginosa, que pasa del blanco y negro al color sin solución de continuidad, de tal modo que el espectador no puede determinar dónde termina el documental y dónde empieza la ficción.

La segunda razón de la eficacia de JFK tiene que ver con el escenario simbólico en el cual Stone denuncia la conjura que acabó con la vida del presidente norteamericano. Se trata de la justicia, que es el espectáculo supremo de la sociedad burguesa occidental desde la muerte de Dios; es decir, desde la sustitución del derecho divino de los reyes por el derecho soberano de los pueblos como principio de legitimización de los regímenes políticos. La justicia judicial es el juego de la verdad; el ritual ciudadano en el cual se esclarecen los misterios de la vida y de la muerte a que nos conduce

la libertad; la liturgia republicana que asigna a cada quien su culpabilidad o su inocencia mediante la aplicación o la abstención de la venganza pública. Y ninguna otra cultura nacional como la norteamericana ha mistificado tanto la justicia, al punto de hacer de ella no sólo el tema de centenares de novelas, películas y series de televisión, sino también el emblema del sistema político mismo en lo que tiene de más legítimo y eficaz a la vez. Por ello, la elección de Stone, que es tanto temática cuanto metodológica, resulta doblemente acertada: porque se sirve de la retórica forense para contar la historia del crimen de Dallas, con lo cual apela a lo más profundo del inconsciente colectivo de nuestro tiempo, que está hecho de religión civil y de mitología legal; y porque revela la impunidad como injusticia suprema en el corazón de la justicia estadounidense al mostrar la incapacidad del Informe Warren para explicar el magnicidio, exponer las sospechosas actuaciones de la policía de Dallas, el FBI, la CIA y el Pentágono en el encubrimiento de los autores intelectuales, y rescatar la solitaria cruzada del fiscal de New Orleans, Jim Garrison, quien entre 1967 y 1969 llevó a juicio sin éxito al único entre los conspiradores directos que sobrevivió al atentado mismo y a sus secuelas inmediatas.

Ni hay que decir que JFK es una película política, una de las pocas realmente grandes que ha salido de Hollywood, como se hace evidente desde la escena inicial: el discurso de despedida del presidente Eisenhower en 1960, en el cual el antiguo comandante aliado advierte a sus conciudadanos del peligro que se cierne sobre ellos y sobre sus libertades con el crecimiento del "complejo militar-industrial". Este gobierno invisible, inextricablemente asociado a la industria de la guerra, es el blanco de la requisitoria del fiscal Garrison en 1969 y del director Stone en 1992; y parece ser el verdadero titiritero detrás de Oswald, Ruby, Ferrie, Shaw y los demás peones utilizados para hacer de la emboscada de la plaza Dealey la

obra de un comunista resentido que habría actuado solo. Y el tono moral del relato, que ya resulta característico de la obra de Stone como guionista y realizador, desde *Expreso de Medianoche* y *Caracortada* hasta *Nacido el Cuatro de Julio* pasando por *Platoon* y *Wall Street*, permite esta vez reescribir un episodio crucial de la historia oficial mediante la técnica del enrarecimiento que sólo el cine puede aportar. En el caleidoscopio de información que es JFK, el efecto hipnótico de la investigación criminal es el recurso narrativo de que se vale el moralista que es Stone para suscitar mala conciencia en el público y con ella distanciamiento crítico frente al régimen y a su versión caricaturesca del acontecimiento del 22 de noviembre de 1963.

Doña María Zambrano, la gran pensadora española recientemente desaparecida, dice que el origen de la guerra civil es el sacrificio no aceptado. Ante la poderosa película de Oliver Stone cabe preguntarse si la frustración del sueño americano, que tuvo precisamente en Kennedy su máxima personificación, no guarda relación con el sacrificio del último o penúltimo presidente norteamericano que ha intentado desafiar al complejo militar-industrial. Y si el crimen de Dallas no tuvo entonces ni ha tenido hasta ahora la virtud de desatar un conflicto democrático que conduzca a la perestroika del sistema político de los Estados Unidos, ello se debe en parte a que la verdad histórica o al menos la verdad judicial del episodio apenas empieza a desvelarse hoy, casi treinta años después; JFK constituye, en tal sentido, un excelente ejercicio de cine comprometido y un saludable exorcismo de los demonios que aún atormentan el alma norteamericana con el delirio de la superioridad moral y de la inocencia universal.

Hernando Valencia Villa, abogado, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.